

TORANZO, Ángel: *El pájaro amarillo*, Salamanca, Globalia Ediciones Anthema, 2006, 296 pp.

Bajo este título se cobija una novela que, por méritos propios, pertenece a ese género narrativo en el que el yo deviene en sujeto/objeto literario. Y dado que el autor —actual profesor de Lengua en un centro de Secundaria de Salamanca— y el tema —su iniciación a la vida en el Seminario Menor de la localidad cántabra de Comillas— interesan a los historiadores de la educación contemporánea, haré una breve reseña no de sus valores estéticos, sino de su pertinencia y significación como fuente para el conocimiento del pasado —para entender cómo era la enseñanza jesuítica en los años sesenta del siglo XX— y del presente —para comprender cómo un docente de hoy mira con cierta complacencia añorante su experiencia formativa en el equivalente de lo que ahora llamamos educación secundaria—.

Se trata de la historia de un niño de un pueblecito de Zamora, miembro de una familia campesina de trece hermanos, que ingresa a los 11 años, en 1962, en el imponente Seminario de la Universidad Pontificia de Comillas, cuya arquitectura todavía hoy evoca el pesado peso de tantas pesadillas que se vivieron tras los muros de las ya extintas y entonces inexpugnables fortalezas de la fe.

En el Seminario Menor de Comillas se estudiaban los ciclos, *more* jesuítico, de Gramática, Humanidades y Retórica. Por más que ya en 1962 el sistema educativo español iniciaba un tímido despegue de la horma tradicional-elitista, en los internados, auténticos talleres donde se fabricaban los seminaristas sólo ligeramente se vislumbran, como se aprecia en la novela, algunos ecos de los cambios inducidos por el Concilio Vaticano II o simplemente por la dinámica social. Así pues, la novela nos sirve para atisbar cómo a la altura de los años sesenta, en la España de entonces, se aplicaba la *Ratio studiorum*, ese plan de estudios, verdadero sedimento del sistema educativo, que atravesó regímenes políticos de distinta naturaleza. A tal fin, aconsejo la consulta de algunas de las páginas

más ricas (128-133; 167-170; 207-211 y 263-264) informativamente hablando.

Comillas y su ínclito marquesado es bien sabido que han constituido históricamente, desde la Restauración alfonsina, una ciudadela paradigmática del poder —veraneo regio y aristocrático— y de la religión católica —la Universidad de Comillas—, levantada e impulsada merced a los fabulosos negocios ultramarinos de la familia de Antonio López y sus descendientes. La hermosa villa cantábrica ha sido —ya no lo es— un microcosmos de la religión, la política y el arte entre dos siglos. De ese ajado esplendor, cuando el protagonista ingresa en el Seminario, quedaba principalmente, como enhiesto surtidor de recuerdos de brillos lejanos, el complejo arquitectónico que, levantado sobre pueblo, mira hacia el Cantábrico. Hoy de aquellas glorias —incluido el palacio de los marqueses— sólo resta un parque temático para turistas ávidos de sensaciones estéticas de fácil digestión.

Pero la novela de Ángel Toranzo posee más virtudes que las de proporcionar material empírico sobre la enseñanza dentro de centros privados de orientación católica. Interesa y mucho porque en sus páginas asistimos a una curiosísima construcción de la memoria de alumno de ayer desde la perspectiva de profesor de hoy. En efecto, el narrador, empapado de recuerdos y afectos juveniles, con una cierta distancia crítica de algunos aspectos bien conocidos de las instituciones totales (represión sexual, violencia física y otros abusos), reelabora, sin embargo, un recuerdo complaciente y añorante, diría, que «agradecido», propio de un becario bajo el síndrome de Estocolmo. No en vano generaciones y generaciones de campesinos pobres se mantuvieron eternamente genuflexos y agradecidos a la institución que proporcionaba a algunos de sus hijos, mediante el adiestramiento para el ministerio sacerdotal, la oportunidad de escapar de su humilde condición. Tengo para mí que este ascensor social *ad usum rustici* constituye materia digna de ser estudiada con más dedicación, ya que él ha sostenido la base de formación de algunos grupos profesionales —entre ellos los profesores

varones formados en las viejas Facultades de Filosofía y Letras, en las que los «laicos» de origen éramos minoría en el tardofranquismo—.

También se echan en falta investigaciones de fuste en España, más allá de las memorias o fabulaciones literarias, sobre el significado de estas instituciones totales —muchos de cuyos mecanismos desentrañó Erving Goffman en su libro *Internados*, cuya primera edición vio la luz un año antes que el niño zamorano hiciera su tímida entrada en Comillas—. Todavía hoy es, pues, aconsejable una anatomía delicada y sutil —una especie de magna encuesta sobre la verdad de estos islotes de GULAG en la España de Franco, y de antes—. El testimonio de Toranzo, por muchas razones y pese a sus insuficiencias críticas, nos permite conocer y adivinar mejor el último tramo, en plena crisis del modo de educación tradicional-elitista, de un sistema educativo que entonces moría, pero que hoy conviene no olvidar. Esta novela nos ejercita en la memoria de nuestro pasado escolar.

RAIMUNDO CUESTA